

EL TERRORISMO ANARQUISTA COMO PROPAGANDA POR EL HECHO: DE LA FORMULACIÓN TEÓRICA A LOS ATENTADOS DE PARÍS, 1877-1894 (1)

JUAN AVILÉS

UNED

javiles@geo.uned.es

(Recepción: 19-12-2007; Revisión: 04-02-2008; Aceptación: 24-09-2008; Publicación: 29-05-2009)

1. INTRODUCCIÓN.—2. LA TEORÍA DE LA PROPAGANDA POR EL HECHO.—3. LOS PRIMEROS ATENTADOS.—4. RAVACHOL Y SUS IMITADORES.—5. CONCLUSIONES.—6. BIBLIOGRAFÍA.

RESUMEN

A finales del siglo XIX se difundió en los ambientes anarquistas una justificación de los atentados individuales en términos de propaganda por el hecho: el impacto del atentado en los medios de comunicación lo convertiría en un eficaz medio de propaganda revolucionaria. El concepto comenzó a ser utilizado a finales de los años setenta y en 1881 fue asumido por un congreso anarquista internacional celebrado en Londres. Hubo sin embargo escasos atentados anarquistas en los años ochenta. La nueva táctica no se hizo popular hasta que su eficacia propagandística quedó demostrada por una sucesión de atentados que se cometieron en Francia entre 1892 y 1894. Este ensayo se basa en la prensa anarquista de la época y en los informes de la policía francesa para reconstruir el nacimiento de la propaganda por el hecho.

Palabras clave: Anarquismo, violencia política, Francia, siglo XIX.

(1) Esta investigación se ha realizado en el marco del proyecto de investigación «Terrorismo anarquista y terrorismo yihadí: un análisis comparativo» (HUM 2007-62394/HIST).

ANARCHIST TERRORISM AS PROPAGANDA THROUGH ACTION: FROM THEORETICAL FORMULATION TO THE PARIS ATTACKS, 1877-1894

ABSTRACT

At the end of the 19th century, a justification of individual attacks was disseminated in anarchist circles in terms of propaganda through action: The impact of the attacks in the media turned them into an efficient means of putting out revolutionary propaganda. The concept began to be used at the end of the seventies and in 1881 was taken up by the international anarchists' congress held in London. However, there were few anarchist attacks in the eighties. The new tactic did not become popular until its efficacy as a propaganda tool was demonstrated by a chain of attacks committed in France between 1892 and 1894. This essay is based on the anarchist press of the time and the French police reports. It reconstructs the birth of propaganda through action.

Key words: Anarchism, political violence, France, 19th century.

* * *

La importancia que el componente de comunicación, es decir, el propósito de influir en una audiencia, tiene en la dinámica del terrorismo es hoy subrayada de manera unánime por todos los estudiosos del mismo. Resulta por ello interesante recordar que hace más de un siglo algunos anarquistas aceptaron el terrorismo como un instrumento de «propaganda por el hecho». Esta expresión comenzó a utilizarse en medios anarquistas a partir de 1877 y aunque en un primer momento no implicaba atentados individuales, andando el tiempo éstos se convirtieron en su principal aplicación. El argumento era que unos hechos impactantes tendrían mucha más capacidad para difundir entre los trabajadores la idea de la revolución que toda la propaganda oral y escrita que se pudiera hacer. Los primeros atentados de inspiración anarquista se produjeron en 1878, pero apenas tuvieron continuidad. La primera demostración práctica de que unos pocos atentados podían sembrar el temor en toda una ciudad y suscitar la emulación de nuevos terroristas se produjo en París con los atentados de Ravachol en 1892, aunque muy pronto fue Barcelona la que se convirtió en la «ciudad de las bombas» por excelencia.

Acerca de los orígenes intelectuales de la propaganda por el hecho se dispone de buenos estudios, entre los que destacan los artículos de Marie Fleming (2) y Richard Bach Jensen (3), así como los capítulos que Caroline Cahm dedica al tema en su libro sobre Kropotkin (4). En cuanto a la oleada de atenta-

(2) FLEMING (1982).

(3) BACH JENSEN (2004).

(4) CAHM (1989).

dos que sacudió Francia entre 1892 y 1894, el estudio clásico es el de Jean Maitron (5). Las fuentes disponibles permiten sin embargo profundizar más en el análisis de ambas cuestiones y este artículo lo hace a partir de dos fuentes principales: ciertas revistas anarquistas publicadas en Suiza y Francia y los interesantes informes de la policía francesa. El artículo estudia cómo surgió el concepto de propaganda por el hecho, describe los primeros atentados anarquistas que tuvieron lugar en varios países y examina la oleada terrorista que afectó a París entre 1892 y 1894, que demostró a la vez el gran impacto propagandístico y el muy limitado efecto movilizador que, en las circunstancias francesas, podía tener el terrorismo. No aborda en cambio el estudio del terrorismo anarquista en el país en el que más desarrollo alcanzaría, es decir, España, donde surgió también en 1892 (6).

1. INTRODUCCIÓN

Aunque el terrorismo carece de una definición generalmente aceptada, existe un consenso bastante amplio sobre cuáles son los rasgos que lo caracterizan. Un texto de particular relevancia en el derecho internacional como es la Convención Internacional para la Supresión de la Financiación del Terrorismo, que la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó en 1999, considera terrorista cualquier acto «destinado a causar la muerte o lesiones corporales graves a un civil o a cualquier otra persona que no participe directamente en las hostilidades en una situación de conflicto armado, cuando el propósito de dicho acto, por su naturaleza o contexto, sea intimidar a una población u obligar a un gobierno o a una organización internacional a realizar un acto o a abstenerse de hacerlo» (7).

Entendido de esta manera, el terrorismo es un fenómeno relativamente reciente, surgido a fines del siglo XIX. No debe ser confundido con los asesinatos políticos, de los que se encuentran ya ejemplos en la Biblia y en la Antigüedad grecorromana, pues no se trata de acciones aisladas destinadas a eliminar a un gobernante o a un rival político, sino de campañas sistemáticas destinadas a generar un clima general de temor. Ciertamente es que también de esto hay ejemplos muy antiguos, en general de inspiración religiosa, como los sicarios judíos del siglo I o los asesinos ismaelíes de los siglos XI a XIII, pero se trata de fenómenos aislados, sin continuidad en el tiempo, mientras que a partir de fines del siglo XIX las oleadas terroristas se han sucedido unas a otras, influida cada una por el

(5) MAITRON (1975): 214-249. En español puede consultarse el estudio de RIVAS (2008).

(6) Sobre el caso español pueden consultarse los estudios de NÚÑEZ FLORENCIO (1983), GONZÁLEZ CALLEJA (1998), AVILÉS (2008b), HERRERÍN (2008) y SUEIRO (2008).

(7) El texto español de la convención puede consultarse en www.un.org/spanish/terrorism/instruments.shtml

ejemplo de la anterior (8). La explicación de que el terrorismo no llegara a convertirse hasta entonces en un fenómeno recurrente estriba en que parece requerir ciertas condiciones que sólo se han generalizado en la edad contemporánea. En primer lugar, que la sociedad otorgue un elevado valor a la vida humana individual, pues de lo contrario es difícil conseguir resultados políticos significativos mediante unas pocas muertes, y por otro unos medios de comunicación libres y eficaces que amplifiquen el efecto psicológico de los atentados. No es por tanto sorprendente que el terrorismo, tal como hoy lo entendemos, haya surgido al mismo tiempo que aparecía la prensa de gran tirada.

Los primeros movimientos terroristas de fines del siglo XIX surgieron sobre todo en el ámbito del socialismo revolucionario, aunque también los hubo de inspiración nacionalista. La mayor parte de las tendencias socialistas se mantuvieron sin embargo al margen del terrorismo, que no encontró lugar en el pensamiento de Marx, por lo que la práctica terrorista se dio sólo en dos tendencias muy concretas dentro del movimiento socialista internacional, por un lado en grupos anarquistas partidarios de la propaganda por el hecho, y por otro en la corriente revolucionaria rusa que nació con los *narodniki*, miembros de la organización *Narodnaja Volja* (Voluntad del Pueblo), a quienes se solía denominar «nihilistas», aunque hoy el término más empleado para referirse a ellos es el de «populistas». Los primeros atentados de ambas tendencias se produjeron a finales de los años setenta, pero fueron los *narodniki* los que protagonizaron, entre 1878 y 1883, la primera gran oleada de atentados terroristas del mundo contemporáneo (9). La era de los grandes atentados anarquistas no se inició en cambio hasta 1892, aunque el concepto de «propaganda por el hecho», que proporcionó el marco teórico de los mismos, había surgido al menos quince años antes.

2. LA TEORÍA DE LA PROPAGANDA POR EL HECHO

El primer texto conocido en el que se empleó el término «propaganda por el hecho» fue el que con ese título publicó en agosto de 1877 el boletín de la Federación del Jura de la Asociación Internacional de Trabajadores (10). Esta federación agrupaba a un activo núcleo de militantes de la región francófona del Jura, en Suiza, entre los que habían hallado refugio destacados anarquistas extranjeros como el ruso Piotr Kropotkin y el francés Paul Brousse, probable autor este último del artículo que comentamos, que se publicó sin firma (11). Conviene destacar que el artículo no aludía para nada a hechos terroristas, sino a sendas manifestaciones que habían tenido lugar en Kazan, Rusia, y en Berna, Suiza, y sobre todo

(8) RAPOPORT (1984).

(9) BORCKE (1982). En español puede consultarse el estudio de AVILÉS (2004).

(10) «La propagande par le fait», *Bulletin de la Fédération jurassienne de l'Association internationale des travailleurs*, Sonvillier (Suiza), 5-8-1877.

(11) САИМ (1989): 83.

a la llamada insurrección de Benevento, en Italia. Su argumento era que los protagonistas de tales actos de desafío a las autoridades no habían esperado iniciar con ellos una revolución, sino que los habían concebido como actos de propaganda. Su ejemplo debía ser imitado porque este método tenía una mayor eficacia, tanto respecto a la propaganda oral, que sólo podía alcanzar a un reducido número de personas, como incluso respecto a la propaganda escrita, que se veía limitada por la incapacidad de los revolucionarios para editar diarios de gran tirada y por la escasa disposición a la lectura que tenían obreros y campesinos tras sus extenuantes jornadas laborales. La mejor manera de que llegara a ellos el mensaje revolucionario era mediante hechos impactantes que lo encarnaran.

Brousse destacaba que, aunque la expresión «propaganda por el hecho» era nueva, la idea no lo era. De hecho él mismo la había expuesto cuatro años antes en un periódico anarquista que se publicaba en francés en Barcelona, en el que sostuvo que la mejor propaganda se hacía en las barricadas y que incluso si el resultado era el martirio, había que recordar que era la sangre del pueblo la que fertilizaba el terreno de la revolución (12). Mijail Bakunin, el fundador del anarquismo insurreccional, había dicho algo muy semejante en 1870: «debemos propagar nuestros principios ya no mediante las palabras sino mediante los hechos, porque ésta es la forma de propaganda más popular, más poderosa y más irresistible» (13). El propio Bakunin formó parte del comité clandestino que preparó la fracasada insurrección anarquista italiana de 1874, un comité que en su primer manifiesto proclamó que había llegado el tiempo de «la propaganda clamorosa, solemne, de las insurrecciones y las barricadas». Dicha insurrección, que debía haber tenido a Bolonia como centro, fue abortada por la policía, pero el éxito propagandístico se alcanzó a través de los consiguientes procesos, en los que los acusados pudieron defender sus ideas anarquistas y fueron absueltos (14).

Bakunin murió en 1876, pero la federación italiana de la AIT se mantuvo fiel a sus enseñanzas, y en diciembre de ese año dos de sus más destacados militantes, Errico Malatesta y Carlo Cafiero, comunicaron en una carta que su federación consideraba «el hecho insurreccional, destinado a afirmar mediante actos los principios socialistas» como el medio de propaganda más eficaz, el único que podía llegar a las capas sociales más bajas, sin engañarlas (15). Esta tesis Cafiero y Malatesta la habían defendido unos meses antes en el congreso internacional de Berna de la AIT sin demasiado éxito, pues el congreso votó a favor de la lucha sindical, pero ello no les disuadió de llevar adelante sus planes (16). La insurrección italiana de 1877 tuvo un carácter exclusivamente rural

(12) *La Solidarité Révolutionnaire*, Barcelona, 8-7-1873.

(13) «Lettre à un Français», citada en CAHM (1989): 76. Sobre la visión revolucionaria de Bakunin véase KELLY (1982).

(14) RAVINDRANATHAN (1988): 183-214. BERTI (2003): 37-50.

(15) *Bulletin de la Fédération Jurassienne*, 3-12-1876.

(16) BERTI (2003): 54-56.

y el lugar elegido fue la aislada y montañosa comarca del Matese, cercana a la ciudad de Benevento. De nuevo los informadores de la policía permitieron una acción preventiva de las autoridades, pero una banda de veintiséis militantes, encabezados por Cafiero y Malatesta pudo huir al monte tras un encuentro con los carabinieri. Durante una semana vagaron por las montañas y entraron en dos pueblos, en los que quemaron los títulos de propiedad y predicaron la revolución social a los campesinos, pero finalmente hubieron de rendirse sin combate (17). Uno de los participantes explicó luego extensamente que la insurrección se había concebido en términos de propaganda, para estimular la voluntad revolucionaria de los campesinos (18).

3. LOS PRIMEROS ATENTADOS

De lo expuesto hasta ahora se deduce que la concepción original de la propaganda por el hecho era de carácter insurreccional. No era difícil, sin embargo, aplicarla también a los atentados individuales, que proliferaron en 1878, justo el año siguiente al de la fracasada insurrección del Matese. En febrero de 1878 Vera Zasulich disparó contra el general Trepov, jefe de policía de San Petersburgo, un hecho que tuvo una gran repercusión en Rusia y fuera de ella, y que representó el prólogo de la gran ofensiva terrorista de los *narodniki*. En mayo y junio se sucedieron dos atentados fallidos contra el emperador de Alemania Guillermo I, cuyos autores, Hoedel y Nobiling, estaban relacionados con medios anarquistas, el segundo en particular con la federación del Jura (19). En agosto Sergei Stepnjak Kravchinsky, un miembro del grupo Narodnaja Volja que era amigo de Malatesta y había participado en los preparativos de la insurrección del Matese, asesinó al general Mezentsov, jefe de la policía política. En octubre hubo un atentado fallido contra el rey de España Alfonso XII (al que seguiría otro en diciembre del año siguiente). Y en noviembre de 1878 hubo un atentado, también fallido, contra el rey de Italia Humberto I. No hay pruebas de que todos estos magnicidios fueran el resultado de una conspiración internacional, pero hay muchos indicios de que se gestaron en el marco de una reflexión colectiva entre revolucionarios de distintos países. En particular, los contactos entre anarquistas italianos y populistas rusos que tuvieron lugar en Suiza nos son conocidos por los informes del cónsul italiano en Ginebra, quien en agosto de 1878 comunicó que los revolucionarios de distintos países habían llegado a la conclusión de que, al ser imposible por el momento enfrentarse a los ejércitos, no había otro medio que eliminar a los soberanos y sus ministros (20). Y al margen de la importancia que pudieran tener estas reflexiones conjuntas, de lo

(17) RAVINDRANATHAN (1988): 220-229. BERTI (2003): 63-80.

(18) Carta de P. C. Ceccarelli, 1881, reproducida en DADÁ (1984): 178-183.

(19) CARLSON (1982).

(20) MUSARRA (1998).

que no cabe duda es que el ejemplo de los atentados realizados en un país estimuló a quienes los realizaron luego en otros.

En este sentido, cierta prensa anarquista jugó un papel importante como promotora de la nueva táctica terrorista. El caso del periódico *L'Avant-Garde*, órgano de la federación francesa de la AIT, que Brousse y Kropotkin comenzaron a editar en Suiza en 1877, resulta particularmente significativo (21). Cuando en abril de 1878 Vera Zasulich fue absuelta por un jurado, *L'Avant-Garde* comentó que su «acto heroico» había generado una fuerte agitación en Rusia, como siempre ocurría cuando un partido pasaba «de las palabras a los actos»(22). Más explícito fue su comentario respecto a los atentados contra el *kaiser*, en el que al tiempo que marcaba su distancia frente a los asesinatos individuales, reconocía su impacto propagandístico:

«La idea avanza apoyándose en dos fuerzas que se complementan: la influencia del acto, el poder de la teoría. Y si una de estas fuerzas influye más que la otra, se trata del Acto, no de la Teoría. Esto es por otra parte fácil de entender. (...) Contad los abonados obreros de todos los periódicos, los obreros que compran folletos, los que frecuentan las asambleas y haced la suma. Contad luego la masa de los trabajadores y comparad. No encontraréis un obrero sobre mil que pueda desarrollarse seriamente e instruirse teóricamente. Pero si (...) Hoedel dispara y falla; Nobiling dispara y hiere (...) nadie puede permanecer frío, indiferente. A favor o en contra, todo el mundo se agita. ¿Qué quieren pues estos asesinos? se preguntan el obrero que va a la fábrica y el campesino que se dirige hacia el arado. (...)

Pero he aquí un hecho más poderoso todavía porque es más fácil de entender. Una comuna proclama su independencia frente al poder central y unos hombres, republicanos como en 1792, socialistas como lo eran ya en 1871, establecen, organizan y hacen funcionar el sistema político que prefieran. (...)

Nosotros no hemos armado la pistola de Hoedel ni introducido cartuchos en la carabina de Nobiling, porque sabíamos en primer lugar que el regicidio es una propaganda puramente republicana, y además que es muy fácil desnaturalizar las intenciones de los ejecutores. Si hubiéramos querido hacer una propaganda republicana no habríamos matado a un rey, sino que habríamos establecido una comuna republicana. Si Hoedel y Nobiling hubieran sido anarquistas conscientes habrían esperado algún tiempo todavía y habrían hecho más y mejor (23).»

Es posible, sin embargo, que los editores de *L'Avant-Garde* no fueran tan ajenos a lo ocurrido como pretendían. Carl Nobiling, que se pegó un tiro tras el atentado y falleció al cabo de unos meses, había tenido contactos con el anarquista alemán Emil Werner, posiblemente implicado en el atentado de Hoedel, y con miembros de la Federación del Jura. Y resulta intrigante que Werner, después del atentado, comentara por escrito a Paul Brousse que un rápido falle-

(21) CAHM (1989): 83.

(22) *L'Avant-Garde, Organe de la Fédération française de l'Association Internationale des Travailleurs*, La Chaux-de-Fonds (Suiza), 6-5-1878.

(23) «Hoedel, Nobiling, et la propagande par le fait», *L'Avant-Garde*, 17-6-1878.

cimiento de Nobiling era de sumo interés para la causa (24). ¿Quizá para que no perjudicara a los anarquistas refugiados en Suiza al revelar sus contactos con el frustrado regicida?

Cuando, unos meses después, el joven obrero catalán Juan Oliva Moncasi disparó contra Alfonso XII sin alcanzarle, *L'Avant-Garde* publicó una nota de sus correligionarios españoles, que asumían su responsabilidad moral en lo ocurrido y auguraban nuevos atentados:

«Oliva, aunque no tenga una educación socialista profunda, no deja de ser un revolucionario de corazón y de instinto, y nosotros aceptamos la solidaridad moral que nos corresponde en su tentativa. El regicidio no es ciertamente el objetivo de nuestra asociación; ni siquiera es uno de los medios que hemos escogido. (...) Guerra a las instituciones (...) y en la medida de lo posible paz a los hombres, tal ha sido durante mucho tiempo nuestra divisa. Pero, tras las grandes desgracias y los inmensos sacrificios que esta generosa táctica nos ha costado y nos sigue costando cada día, sería por nuestra parte una ingenuidad no reconocer que hay hombres que son un verdadero obstáculo para la transformación de las instituciones, y que éstas no podrán ser cambiadas prontamente sin hacer desaparecer tales obstáculos. (...) Alfonso XII es además (...) la clave de bóveda de este orden burgués. Como no tiene sucesor legítimo, su muerte significaría necesariamente la revolución en España. Ahora bien, se ha dicho con razón que se sabe como comienzan las revoluciones, pero no como terminan. (...)

Casi todos los periódicos de la península atribuyen la responsabilidad de esta tentativa de regicidio a la Internacional y muchos de ellos piden que se tomen medidas enérgicas contra esta asociación que, aunque ilegal desde 1874, sigue dando a menudo pruebas de su existencia. (...)

La policía de este país (...) revela en todos sus actos la más odiosa arbitrariedad. Como es probable que los internacionalistas vayan a sufrirla, no creo equivocarme al presagiar que devolverán golpe por golpe y seguirán el camino que tan bien han mostrado sus hermanos de Rusia (25).»

Cuando el cocinero napolitano Giovanni Passanante fracasó a su vez al pretender matar de una puñalada a Humberto I, *L'Avant-Garde* no se limitó a añadir su nombre al martirologio en el que ya figuraban Hoedel, Nobiling y Oliva Moncasi, sino que auguró que en el futuro se usarían métodos más efectivos, es decir bombas (26). A comienzos de 1879 las autoridades suizas arrestaron a Brousse, que fue expulsado del país unos meses después, y prohibieron *L'Avant-Garde*, la única publicación anarquista que subsistía en Suiza. Para sustituirla Kropotkin lanzó en febrero de ese año *Le Révolté*, que se editó inicialmente en Ginebra y tuvo una buena acogida (27). En sus páginas se publicó

(24) COLLADO (2008): 33.

(25) *L'Avant-Garde*, 18-11-1878.

(26) *L'Avant-Garde*, 2-12-1878. Sobre el terrorismo anarquista en Italia véase AVILÉS (2008a).

(27) CAHM (1989): 116-118.

en diciembre de 1880 un famoso artículo, atribuido a Carlo Cafiero, que llamaba a «la revuelta permanente mediante la palabra, el escrito, el puñal, el fusil y la dinamita», e incluso mediante el voto, siempre que se tratara de candidatos revolucionarios inelejables (28). No resulta pues sorprendente que *Le Révolté* se refiriera a los recientes atentados de Alemania, Rusia, España e Italia como los hechos que habían reavivado el espíritu revolucionario durmiente tras la caída de la Comuna de París (29). Y cuando en marzo de 1881 los *narodniki* asesinaron al zar Alejandro II, *Le Révolté* se mostró entusiasmado: «se ha dado un paso inmenso hacia la próxima revolución en Rusia (...) la sangre de los mártires no se habrá derramado en vano» (30). Sin embargo, el propio Kropotkin se sentía preocupado por la insistencia de gentes como Cafiero en el recurso a los medios violentos. Tras una discusión con Cafiero, el ruso escribió a Malatesta que si los socialistas (término que entonces solían usar los anarquistas para referirse a sí mismos) se dedicaban exclusivamente a matar policías y luchar contra el gobierno, la próxima revolución se reduciría a una matanza que poco beneficiaría al pueblo (31).

En tal ambiente tuvo lugar el congreso internacional anarquista de Londres, celebrado en julio de 1881, al que acudieron 45 delegados de Gran Bretaña, Suiza, Serbia, Estados Unidos, Alemania, España, Francia, Bélgica, México, Italia, Bohemia y los Países Bajos. El congreso aprobó una declaración pública que afirmaba «la necesidad de añadir a la propaganda oral y escrita la propaganda por el hecho» y la explicaba en los siguientes términos:

«Es estrictamente necesario hacer todos los esfuerzos posibles para propagar mediante actos la idea revolucionaria y el espíritu de revuelta en esa gran fracción de la masa popular que no toma todavía parte activa en el movimiento y se hace ilusiones sobre la moralidad y la eficacia de los medios legales.

Saliendo del terreno legal, en el que por lo general se ha permanecido hasta ahora, para llevar nuestra acción al terreno de la ilegalidad que constituye el único camino hacia la revolución, es necesario recurrir a los medios que estén en conformidad con este propósito.

Las persecuciones a las que la prensa revolucionaria pública se enfrenta en todos los países nos obligan a establecer una prensa clandestina.

Al quedar todavía la gran masa de los trabajadores del campo al margen del movimiento socialista revolucionario, resulta absolutamente necesario dirigir nuestros esfuerzos en esa dirección, recordando que el más simple hecho dirigido contra las instituciones actuales habla mejor a las masas que millares de impresos y oleadas de palabras, y que la propaganda por el hecho en los campos tiene todavía más importancia que en las ciudades.

(28) «L'Action», *Le Révolté, organe socialiste* (Ginebra), 25-12-1880.

(29) «L'Année 1880», *Le Révolté*, 8 y 22-1-1881.

(30) *Le Révolté*, 18-3-1881.

(31) Carta de Kropotkin a Malatesta, 4-5-1881, citada en CAHM (1989): 140.

Puesto que las ciencias técnicas y químicas han rendido ya servicios a la causa revolucionaria y están llamadas a rendir todavía más en el futuro, el Congreso recomienda a las organizaciones e individuos que forman parte de la Asociación Internacional de Trabajadores a que den una gran importancia al estudio y la aplicación de estas ciencias como medio de defensa y de ataque (32).»

Resulta curioso que esta solemne declaración no se tradujera apenas en hechos reales. La comisión de correspondencia nombrada por el congreso de Londres tuvo muy poca actividad y en la década de los ochenta hubo muy pocos atentados anarquistas, aunque hubo algunos en Alemania, España, Francia y Estados Unidos (33). En el caso de España hay que destacar que en 1882 tuvieron lugar en la comarca de Jerez los asesinatos atribuidos a una sociedad secreta rural de carácter anarquista que se denominaba la Mano Negra (34). Tales asesinatos fueron repudiados por el sector moderado del anarquismo español, pero *Le Révolté* salió en defensa de sus autores: «siempre saludamos a los rebeldes que no están dispuestos a ofrecer como ovejas su cuello al carnicero» (35). Y en Francia se produjo ese mismo año de 1882 un episodio similar en la región minera en torno a Montceau-les-Mines, donde actuó una sociedad secreta denominada *la Bande Noire* (36). A fines de los años ochenta, sin embargo, los atentados anarquistas parecían un fenómeno superado. *Le Révolté*, que desde 1885 había pasado a publicarse en París, llamaba a la prudencia:

«Por este término de ‘propaganda por el hecho’, las tres cuartas partes de los camaradas sólo entienden actuaciones a mano armada, ejecuciones de explotadores, incendios de establecimientos industriales, etc. Habiéndose desarrollado el movimiento anarquista en el momento en que los terroristas rusos libraban su admirable guerra de represalias contra su autócrata, se ha impregnado un poco de esta manera de actuar y debido a esto para muchos compañeros el ideal sería copiar el movimiento ruso.

Cierto es que si ese movimiento se pudiera establecer y tener una actividad continua, sería admirable y ofrecería un inmenso instrumento a la propaganda de las ideas. Y si la burguesía, enloquecida al verse desbordada por la extensión constante de las ideas anarquistas, continúa a lanzarse por la vía de la represión a ultranza, hacia la que parece dirigirse, no tendría nada de raro que los anarquistas, obligados por la fuerza misma de las cosas, se vieran en la necesidad de responder al terror por el terror.

Pero, en el estado actual de las ideas y en la situación de los espíritus, no hay que disimular que actos semejantes pueden producirse —como se ha visto de Decazaville, en Bélgica, en América— en medios sobreexcitados por una explotación rapaz y donde los trabajadores, hartos de inclinar la cabeza, se alzan en fin ante sus explota-

(32) «Le Congrès International de Londres», *Le Révolté*, 23-7-1881. Véase CAHM (1989): 145-168, y BERTI (2003): 90-99.

(33) BACH JENSEN (2004): 129-133.

(34) Existen varios estudios sobre el tema, entre los que destaca el de CASTRO ALFÍN (1984).

(35) *Le Révolté*, 3-3-1883.

(36) MAITRON (1975): I, 153-170.

dores y les hacen pagar en unos segundos largos siglos de miseria, explotación y opresión. Pero sería, creemos, perderse en la ilusión y la utopía el creer que actos semejantes pueden convertirse en objeto de una propaganda razonada, activa y continua; sería perder el tiempo obligarse a copiar servilmente una propaganda cuando se actúa en un medio diferente y no se tienen los mismos medios de acción (37).»

Dicho de otra manera, en Europa occidental no se estaba en condiciones de desafiar al Estado mediante atentados como lo habían intentado los revolucionarios rusos. No es sorprendente que, cuando en 1885 Zola publicó su novela *Germinal*, gran fresco épico de la lucha obrera, el personaje del terrorista, el hombre dispuesto a hacer saltar las ciudades mediante la dinamita, fuera encarnado por un inmigrante ruso. Pero lo cierto era que en la propia Rusia la primera gran oleada terrorista había concluido con la represión que siguió al asesinato de Alejandro II.

4. RAVACHOL Y SUS IMITADORES

Para que la práctica de la propaganda por el hecho arraigara, lo importante no eran las exhortaciones de la prensa anarquista, lo que hacían falta eran hechos que llamaran poderosamente la atención, según cabía deducir del propio concepto. Y esos hechos no los proporcionó ningún culto propagandista al estilo de los Kropotkin, Brousse y Malatesta, sino un delincuente común, un hombre que anteriormente había asesinado a un viejo ermitaño para robarle los sacos de monedas que atesoraba. Ese hombre se llamaba François Koenigstein y había nacido en el seno de una familia obrera, en la que el padre, un inmigrante holandés, pegaba a la madre y terminó por abandonarla con cuatro hijos, por lo cual el apellido con el que François alcanzó la fama fue el materno, es decir Ravachol. En marzo de 1892, con ayuda de algunos cómplices, colocó sucesivamente sendas bombas en los domicilios del juez y el fiscal que habían intervenido en el juicio de tres anarquistas implicados en un tiroteo con la policía en Cliché el 1 de mayo anterior. En medios anarquistas había causado gran indignación la paliza que sufrieron tras ser detenidos y luego la petición de pena de muerte que hizo al fiscal, aunque al final dos fueron condenados a penas de prisión y el tercero absuelto (38).

Sus bombas no causaron víctimas, así es que Ravachol no fue condenado a muerte en el proceso que se le siguió por aquellos atentados, sino en el que le juzgó por el asesinato del ermitaño. Ahora bien, fueron su profesión de fe anarquista y su valor ante la guillotina los que le convirtieron en un mártir de la causa (39). En su caso, como en otros, más que propaganda por el hecho hubo propaganda por el

(37) «Propagande par le fait», *Le Révolté, organe communiste-anarchiste*, París, 4-9-1886.

(38) MAITRON (1975): 200-201.

(39) MAITRON (1975): 212-227. Las memorias que Ravachol dictó en la cárcel acerca de diversos episodios de su vida, incluido el intento de robo en la tumba de una baronesa y el asesinato de un ermitaño, se reproducen en MAITRON (1964): 42-73.

martirio. El renombre que alcanzó no se comprende, por otra parte, si no es en el marco del entusiasmo por el «ilegalismo», es decir, por el robo y la estafa como formas de ganarse la vida y de recaudar fondos para la causa, que por aquellos años se daba en algunos sectores del anarquismo francés (40). En este sentido resulta interesante el texto que Ravachol pretendió leer en el juicio que le condenó por el asesinato del ermitaño y que anarquistas parisinos imprimieron y distribuyeron, porque en el mismo, al tiempo que hacía responsable de sus actos a la sociedad, defendió que los necesitados se apoderaran por el medio que fuera de los recursos de que carecían, pues esto contribuiría a demostrar la veracidad de la tesis anarquista según la cual, para acabar con los delitos, había que eliminar las causas que los provocaban (41).

Por aquellos años la policía estimaba que había en París unos 700 u 800 anarquistas, de los que tan sólo 150 eran verdaderos militantes (42), y los tenía bastante controlados, mediante sus agentes y mediante confidentes. Sabemos por ello que algunos anarquistas saludaron desde el principio los atentados de marzo de 1892, otros dudaron que hubieran sido compañeros los que los cometieron y otros más los criticaron. Poco después de su arresto, un informador policial sostenía que Ravachol, al que casi nadie conocía previamente, era considerado un tipo turbio por los anarquistas, quienes creían que sus actos habían perjudicado a la causa (43). Sin embargo, cuando el compañero italiano Francesco Saverio Merlino, refugiado por entonces en Londres, declaró que consideraba a Ravachol un asesino y no un anarquista, algunos pensaron que había ido demasiado lejos (44). Pero lo más grave es que algunos compañeros estuvieron dispuestos a vengarle y el 25 de abril hicieron estallar una bomba en el restaurante *Very*, uno de cuyos camareros había identificado a Ravachol y facilitado su detención. Como resultado del atentado murieron el propietario y un cliente y varios más resultaron heridos. Tras ello, un informe policial mostraba su asombro ante las derivaciones que estaba tomando el asunto Ravachol, pues anteriormente jamás se había hablado en los grupos anarquistas de atentados contra particulares, sino que siempre se pensaba en realizarlos contra instituciones oficiales (45).

El tema fue también debatido en la prensa anarquista parisina. El semanario *La Révolte*, dirigido por Jean Grave, que tiraba 8.500 ejemplares (46) y era el

(40) MAITRON (1975): 183-194.

(41) Archive de la Préfecture de Police, París (APPP), BA 77: «Déclaration du Compagnon Ravachol».

(42) Archives Nationales, París (ANP), F7 12504: «Organisation anarchiste: réponses à la circulaire du 13 décembre 1893».

(43) APPP, informe, 6-4-1892.

(44) APPP, informe Barbier, 15-4-1892.

(45) APPP, informe Zéro, 30-4-1892. Sobre esta sucesión de atentados puede leerse en español el estudio de RIVAS (2008).

(46) Datos sobre la prensa anarquista en *Le Figaro, supplément littéraire*, 13-1-1894.

órgano más serio y de tono más doctrinal, se mostró reservado. Aunque partidario de combinar la propaganda teórica y la propaganda por el hecho, no aprobaba cualquier tipo de atentado:

«Los terroristas irreflexivos alejan al público que no comprende nada de estos actos de violencia aislados cuyo significado no resulta suficientemente claro. Sin condenarlos, debemos reconocer que hacen más mal que bien a la evolución anarquista. En sus actos no hay que ver más que la expresión de su desesperación, nacida de la impotencia para demoler de un golpe la gran organización social que causa sus sufrimientos (47).»

Cuando a las explosiones en París le siguieron varios atentados con dinamita en Francia y fuera de ella, que no causaron más que daños materiales, pero que generaron el pánico en las clases acomodadas, *La Révolte* comentó que una autocracia en casos semejantes solía perder la cabeza, pero que el gobierno francés había comprendido que la amenaza venía tan sólo de algunos terroristas aislados, a los que fácilmente podía combatir mediante los confidentes y la guillotina. Si, por el contrario, la energía individual de los terroristas se hubiera puesto al servicio de un amplio movimiento colectivo, sus actos podrían haberse convertido en precursores de la revolución. Los explosivos ejercían una fascinación sobre muchos compañeros, que tendían a exagerar su efectividad, y además era mucho más fácil realizar entre unos amigos un robo de dinamita y preparar unas explosiones que seguir de año en año el trabajo lento y penoso de quien se dedica a la organización de la clase obrera y a la propaganda entre las masas. Pero los atentados no bastaban:

«El acto individual despierta el pensamiento. Despierta la audacia. Prepara la revuelta colectiva. Pero sólo la revuelta colectiva podrá imponerse a aquello que se mantiene por la inercia colectiva (48).»

Más favorable a Ravachol se mostró desde el primer momento el semanario *L'Endehors*, que tiraba 6.000 ejemplares (49). Dirigido por Zo d'Axa, un anarquista de aire aristocrático que vestía una gran capa y amaba batirse en duelo, este periódico tenía por colaboradores tanto a militantes anarquistas como a escritores consagrados o debutantes que simpatizaban con el movimiento (50). Uno de estos últimos explicó muy claramente de donde les venía a él y a otros intelectuales la simpatía por el anarquismo: de su nihilismo, que les hacía exaltarse por la acción destructiva (51). El novelista Octave Mirbeau fue sin embargo capaz de combinar en un mismo artículo su admiración por Ravachol con una efusión de humanitarismo; según él, Ravachol representaba el trueno al que

(47) «Anarchisme et terrorisme», *La Révolte*, 16-4-1892.

(48) «Le terrorisme», *La Révolte*, 23-4-1892.

(49) APPP, informe, 11-4-1892.

(50) D'AXA (1974): prólogo de J.P. Courty.

(51) L. MUHFELD: «Des sympathies anarchistes de quelques littérateurs», *L'Endehors*, París, 24-7-1892.

seguiría el buen tiempo, la sombría necesidad de actuar tras la que se adivinaba el sueño de universal armonía del admirable Kropotkin (52). Tras su ejecución, otro colaborador de *L'Endehors* fue más allá, al presentarle como una especie de Cristo, violento como le habían hecho los tiempos y los medios en que había vivido, pero que con el ejemplo contagioso de su vida y de su muerte anunciaba la llegada de una nueva moral, la moral anarquista, sin obligaciones ni sanciones (53).

En realidad, el ejemplo de Ravachol lo que estimuló fue el deseo de nuevos atentados. En una reunión que los más activos anarquistas parisinos celebraron a comienzos de mayo para tratar de la propaganda por el hecho, el acuerdo fue unánime. Según el informe policial correspondiente, «se reconoció que, para combatir a los capitalistas y a todas las instituciones, sólo había un único medio, que era el empleo de la dinamita» (54). No faltaban tampoco las instigaciones públicas al terrorismo. En un mitin celebrado en junio, un orador dijo ante los 150 asistentes que «harían falta algunos compañeros bien decididos para elevar al máximo el terror que Ravachol había suscitado en la burguesía (55). Y cuando Ravachol fue condenado a muerte, también *La Révolte* cambió de opinión:

«Este hombre es ciertamente ‘alguien’ y no es en absoluto el criminal que la burguesía y los falsos socialistas han tratado de hacernos creer, y que nosotros mismos habíamos creído en un momento en el que, no sabiendo lo que pretendía, le tomamos por un vulgar criminal. Es cierto que los medios de los que se ha servido para procurarse los recursos necesarios para su obra de justicia son discutibles, pero todos los que reflexionen concluirán que un individuo que sacrifica así su vida al servicio de una idea y para vengar la injusticia que habían sufrido unos camaradas que él no conocía (...) estaba por encima de los insultos de un puñado de escritorzuelos (56).»

El propio Malatesta, uno de los primeros propulsores de la propaganda por el hecho, quiso sin embargo poner coto al entusiasmo indiscriminado por la violencia y lo hizo desde las páginas de *L'Endehors*. En su opinión estaban justificados todos los actos de propaganda, por la palabra o por el hecho, individuales o colectivos, siempre que sirvieran para facilitar la revolución. Dadas las terribles condiciones de vida del proletariado era incluso comprensible que se produjeran actos de odio y de venganza. Pero no había que dejarse llevar por el odio, porque de éste no podría nacer un mundo nuevo. Una revolución del odio, o fracasaría, o conduciría a una nueva opresión (57). Le replicó, en las páginas del mismo *Endehors*, un joven anarquista entonces poco conocido, pero que pronto se haría famoso por un atentado indiscriminado contra los clientes

(52) O. MIRBEAU: «Ravachol!», *L'Endehors*, 1-5-1892.

(53) V. BARRUCAND: «Le rire de Ravachol», *L'Endehors*, 24-7-1892.

(54) APPP, BA 77, informe, 10-5-1892.

(55) APPP, BA 77, informe, 12-6-1892.

(56) *La Révolte*, 1-7-1892.

(57) E. MALATESTA: «Un peu de théorie», *L'Endehors*, 21-8-1892.

de un café: Émile Henry (58). En privado, el italiano se mostraba aún más alarmado; en una carta explicó que Ravachol le parecía un hombre sincero y entregado a la causa, aunque tan extraviado en sus razonamientos como para asesinar de la manera más feroz a un viejo inofensivo, pero que le preocupaban las reacciones de algunos de sus partidarios:

«Uno dice que Ravachol hizo bien en matar al viejo, porque ‘era un ser inútil para la sociedad’; otro que no vale la pena discutir por un viejo ‘al que quedaban pocos años de vida’ y así por el estilo. Lo que significa que estos anarquistas que no quieren juicios ni tribunales, se convierten ellos en jueces y verdugos y condenan a muerte y *ejecutan* a aquellos a quienes juzgan *inútiles* (59).»

La dinámica del contagio estaba en marcha. En noviembre de 1892 una bomba colocada por Émile Henry en las oficinas de una compañía minera estalló en la comisaría de la calle Bons-Enfants a la que había sido llevada, destrozando a cuatro agentes. Algunos anarquistas parisinos acudieron al entierro, «para echar una ojeada y reírse del pavor de la burguesía», pero ninguno parecía saber nada acerca del posible autor del atentado, a quien la policía no pudo de momento identificar (60). «¡Dinamitemos! ¡Dinamitemos!» era el estribillo de una canción anarquista que se coreaba en aquellos días (61). Y a propósito del eco que tuvo en la prensa la explosión de la calle Bons-Enfants, *L’Endehors* proclamaba el triunfo de la propaganda por el hecho: «la conspiración del silencio está vencida» (62).

Durante un año, sin embargo, no hubo atentados sonados en Francia, hasta que el 13 de noviembre de 1893 Léon Leauthier, un joven obrero anarquista admirador de Ravachol y convencido que no mataría a un inocente si mataba al primer burgués con el que se cruzara, hirió gravemente de una puñalada a un diplomático serbio (63). Su acto recibió la aprobación general de los anarquistas (64). Pero mucho más grave había sido lo ocurrido la semana anterior en el Teatro Liceo de Barcelona, donde una bomba lanzada sobre el patio de butacas causó veinte muertos y numerosos heridos, un atentado que tuvo un enorme eco en París, aunque en un sentido perjudicial para la causa anarquista:

«Se puede decir que el atentado de Barcelona ha causado la indignación de todo el mundo. Las intrigas de los ‘propagandistas por el hecho’ son objeto de la execración general, incluso y sobre todo en el mundo obrero. Se está de acuerdo en decir que Ravachol ha sido superado por sus discípulos españoles. ‘El atentado de Barcelona sitúa a los anarquistas al margen de la humanidad’ (65).»

(58) E. HENRY: «Lettre aux camarades de *L’Endehors*», *L’Endehors*, 28-8-1892.

(59) E. Malatesta a L. Minguzzi, 29-4-1892, reproducido en ADAMO (2004): 139-140.

(60) APPP, BA77, informe, 12-11-1892.

(61) APPP, BA77, informe, 14-11-1892.

(62) BARUCH: «Propagande par le fait», *L’Endehors*, 4-12-1892.

(63) MAITRON (1975): 229.

(64) APPP, BA 79, informe X9, 25-2-1894.

(65) APPP, BA 78, informe Nemo, 13-11-1893.

No faltaban sin embargo anarquistas dispuestos a aplaudir aquel brutal atentado, aunque la mayoría de ellos pensaba que habría sido mejor no realizarlo en un teatro, donde podían resultar heridas gentes inofensivas (66). Por otra parte, tales hechos generaron inquietud ante la posibilidad de medidas represivas, sobre todo si se producía un nuevo atentado en París (67). Y éste llegó el 9 de diciembre, cuando Auguste Vaillant lanzó en la Cámara de diputados una bomba, que cayó en una tribuna destinada al público y causó una treintena de heridos (68). Un informador del barrio obrero de St. Denis hizo notar que este ataque no había causado gran indignación, pues los obreros se lamentaban solamente de que los heridos fueran personas ajenas a la Cámara (69). Y cuando dos meses después Vaillant fue ejecutado, *La Révolte* describió su muerte como la de un héroe y un mártir: «En medio del inmundo tropel que había acudido a saborear su agonía, sólo él tenía la frente alta, la mirada fiera y la indomable energía del hombre fuerte (70).» En medios anarquistas se hablaba mucho de que sería vengado y su tumba se convirtió en un lugar de peregrinación.

A partir de entonces la represión del anarquismo se agudizó. Dos leyes aprobadas el 18 de diciembre de 1893 castigaron la fabricación o posesión sin motivos legítimos de explosivos o de cualquier sustancia «destinada a entrar en la composición de un explosivo», así como toda asociación «establecida con el propósito de preparar o cometer crímenes contra las personas». Amparada por tales leyes, la policía parisina registró los domicilios de 85 anarquistas y detuvo a 29 de ellos, pero las pruebas así obtenidas sobre la existencia de grupos anarquistas organizados carecían de validez ante la justicia por referirse a hechos anteriores a la aprobación de las nuevas leyes, que no tenían evidentemente carácter retroactivo. Luego, a partir de finales de febrero, tras el atentado del café Terminus, hubo una nueva serie de 339 registros, con 248 detenciones, pero esta vez los sospechosos habían tenido buen cuidado de destruir previamente los documentos comprometedores. El problema, en opinión de la Prefectura de Policía, era que en el caso de los anarquistas era muy difícil probar que hubiera una asociación para delinquir, porque los crímenes eran individuales:

«En efecto, si bien los anarquistas tienen una visión común criminal, si bien comparten los fines de subversión social mediante la violencia, *la ejecución del hecho es siempre entre ellos una acción aislada* (71).»

A diferencia de lo que ocurría años atrás, explicaba otro informe policial, los grupos anarquistas no eran ya más que conjuntos de individuos que se

(66) APPP, BA 78, informe X9, 11-11-1893.

(67) APPP, BA 78, informe Bouchon, 29-11-1893.

(68) MAITRON (1975): 230-238.

(69) APPP, BA 78, informe Z2, 11-12-1893.

(70) *La Révolte*, 10-2-1894.

(71) ANP, F7 12504, informe de la Prefectura de Policía de París, 23-4-1894.

reunían para discutir temas banales o para expresar su aprobación por los actos de Vaillant o de otros, pero que nunca tomaban decisiones, porque éstas, al igual que los actos, eran puramente individuales (72). Y una decisión individual debió ser la que llevó a Émile Henry, autor del anterior atentado de la calle Bons-Enfants, a lanzar en febrero de 1894 una bomba en el café Terminus, que hirió a veinte personas, una de las cuales murió. Arrestado tras una fuga en la que se defendió a tiros, fue condenado a muerte y en mayo de aquel año fue ejecutado (73). Los anarquistas parisinos admiraron en general su espíritu rebelde pero no su táctica. Habían aprobado los actos de Ravachol y los otros atentados cometidos en París, pero no el cometido en aquel café, en el que se encontraban todo tipo de gentes, empleados e incluso obreros, por lo que había perjudicado la causa anarquista (74). Sin embargo, el valor que demostró ante la guillotina, como Ravachol y Vaillant antes que él, impresionaron a muchos, lo que llevó a Maurice Barrés, quien la presencié, a concluir que su ejecución había sido un error psicológico en la lucha contra el terrorismo (75).

En la primavera de 1894, cuando la era de los atentados que tanto habían inquietado a los parisinos tocaba a su fin, la policía de la capital podía sentirse relativamente satisfecha en un punto: la mayoría de los autores de aquellos atentados habían sido rápidamente identificados, luego arrestados y, salvo una excepción, condenados por la justicia (76). Sin embargo, es probable que algunos de sus cómplices directos lograran eludir la sanción de la justicia. Los de Ravachol, identificados antes del arresto de éste, fueron condenados, pero es probable que también los tuvieran Vaillant y Henry, que sin embargo asumieron la exclusiva responsabilidad de sus actos, lo que contribuyó a su aureola de heroísmo (77). Por otra parte, el conjunto del movimiento anarquista parisino siguió apoyando a los terroristas hasta el final. Incluso *La Révolte*, al principio tan reticente hacia Ravachol, publicó tras los últimos atentados un artículo en el que acababa por considerar válido cualquier acto de protesta violenta:

«Tengamos pues el valor de beber, puesto que es necesario, el cáliz hasta las heces. Si unos enfermos, unos impulsivos, unos locos, o incluso unos bribones, cometen tal o cual acto que la muchedumbre puede tomar por un acto anarquista, pero que en apariencia resulta incomprensible respecto al móvil que lo ha guiado, guardémonos de aprobarlo o desaprobarlo, porque el alcance del acto se nos escapa todavía. ¿Quién nos dice que el acto más infame, el más cobarde, el más difícilmente aceptable para los más decididos entre nosotros, no será el que tendrá las conse-

(72) APPP, BA 78, informe, 16-12-1893.

(73) MAITRON (1975): 238-246.

(74) APPP, BA 79, informe X9, 6-5-1894.

(75) M. Barrés, *Journal*, 22-5-1894, reproducido en MAITRON (1964): 115-117.

(76) ANP, F7 12504, informe de la Prefectura de Policía de París, 27-4-1894.

(77) APPP, BA 79, informes Thanne, 17-2-1894, y Argus, 21-2-1894.

cuencias más importantes? ¿Quién nos dice que en presencia de un tal acto, la muchedumbre, por otra parte ya formada y que comienza finalmente a comprender, no terminará por decirse que esta sociedad tiene que ser monstruosa para engendrar actos semejantes? (78)».

En el número siguiente *La Révolte* anunció que suspendía su publicación, debido a que la policía abría su correspondencia y anotaba las direcciones de quienes le escribían para incorporarlos a sus listas de sospechosos (79). Otras publicaciones, como *L'Endehors*, habían desaparecido anteriormente. El anarquismo francés se enfrentaba a una represión sistemática y el número de los voluntarios para emular a Ravachol se agotaba. El último atentado lo cometió un inmigrante italiano, Sante Caserio, quien el 24 de junio de 1894 asesinó en Lyon de una puñalada al presidente de la República Sadi Carnot, culpable a sus ojos de no haber indultado a Vaillant, cuya bomba no había causado víctimas. Su crimen generó una oleada de xenofobia y en Lyon fueron atacados varios comercios regentados por italianos (80). Los anarquistas de París, en cambio, admiraron su gesto, porque demostraba la fuerza y el valor del movimiento, capaz de vengar con prontitud la muerte de los Vaillant y los Henry, aunque lamentaban que su autor hubiera sido un extranjero (81). Eran por otra parte conscientes de cuánto les odiaban sus conciudadanos en aquel momento (82), y se sintieron aterrados ante la nueva oleada de detenciones que se produjo aquel verano (83).

El gran proceso de agosto de 1894 en el que fueron juzgados treinta anarquistas, incluidos algunos de los principales líderes del movimiento, como Jean Grave y Sébastien Faure, concluyó con la absolucón de todos los acusados, excepto tres que eran culpables de delitos comunes (84). Tal como lo había previsto la policía parisina, era difícil condenar por asociación para delinquir a unos anarquistas que rehuían la toma de decisiones colectivas. Por otra parte, tal como lo había previsto *La Révolte* al inicio de los atentados, la acción de unos cuantos terroristas aislados nunca había representado una amenaza real para las instituciones y el gobierno había mantenido la sangre fría necesaria para combatirla dentro de los límites de la legalidad. Cuatro asesinos convictos y confesos habían sido guillotizados y un puñado de activistas habían recibido penas menores, mientras que la acción preventiva de la policía, bien dotada de confidentes, bastó para controlar un movimiento que, por otra parte, muy pronto abandonó la senda de la violencia para abordar la de la lucha sindical. En Francia, de Ravachol quedó tan sólo el recuerdo, transmitido por diversos me-

(78) «Jusqu'à la lie», *La Révolte*, 4-3-1894.

(79) «Aux camarades», *La Révolte*, 10-3-1894.

(80) *L'assassinat...* (1995).

(81) APPP, BA 79, informe, 29-6-1894.

(82) APPP, BA 79, informe, 6-7-1894.

(83) APPP, BA 79, informe, 11-7-1894.

(84) MAITRON (1975): 251-256.

dios, incluido el de una truculenta canción que llevaba su nombre y cuyo estribillo decía:

«Dansons la Ravachole,
Vive le son, vive le son
Dansons la Ravachole,
Vive le son, vive le son
De l'explosion!
Ah, ça ira, ça ira, ça ira,
Tous les bourgeois goût'ront d'la bombe,
Ah, ça ira, ça ira, ça ira,
Tous les bourgeois on les saut'ra...
On les saut'ra! (85)»

5. CONCLUSIONES

La concepción anarquista de la propaganda por el hecho tiene el interés de subrayar el componente esencial de todo genuino terrorismo. Éste no representa una estrategia directa para la toma del poder, como ocurre con la violencia insurreccional o guerrillera. Su propósito es lanzar un mensaje, que es a la vez intimidatorio para un sector de la población, al que se pretende atemorizar para que ceda ante las pretensiones de los terroristas, y movilizador para otro sector, el de los posibles seguidores, a quienes los atentados dan a conocer la causa de los rebeldes y revelan la vulnerabilidad del enemigo. La doctrina de la propaganda por el hecho destacaba sobre todo el efecto movilizador, pero este efecto se refuerza si se obtiene también el efecto intimidatorio, es decir, si la población que se designa como enemiga muestra temor.

Las primeras reflexiones teóricas sobre la propaganda por el hecho que se sucedieron a partir de 1877 apenas tuvieron repercusiones prácticas y tampoco las tuvo su aceptación por el congreso anarquista de Londres de 1881. Por el contrario, fueron los atentados de Ravachol y sus émulos los que convencieron a los intelectuales anarquistas parisinos, incluso a los inicialmente reticentes, como los editores de *La Révolte*, del considerable impacto que el terrorismo podía tener. Lo cual, en definitiva, confirmó la teoría: fueron los hechos los que demostraron la validez de la propaganda por el hecho.

El efecto de los atentados parisinos fue sin embargo efímero en la propia Francia. La opinión pública quedó atemorizada durante un tiempo, pero no se produjo un incremento de la militancia anarquista, sino un reflujo del movi-

(85) *Almanach du Père Peinard*, 1894. «¡Dancemos la Ravachole, viva el sonido, viva el sonido, dancemos la Ravachole, viva el sonido de la explosión! ¡Así será, así será, así será, todos los burgueses gozarán de la bomba, así será, así será, así será, a todos los burgueses les haremos saltar, les haremos saltar!».

miento. No sabemos cuántos trabajadores franceses vieron con simpatía aquellos ataques contra el estado y la burguesía, pero sí sabemos que fueron poquísimos quienes estuvieron dispuestos a seguir el ejemplo.

En todo caso, el efecto propagandístico no resultaba sólo de los atentados en sí mismos, sino de la muerte heroica de sus autores. Ravachol se ganó la admiración de muchos anarquistas en principio dudosos por el valor con que defendió el ideal libertario ante el tribunal que le condenó a muerte. En este y en otros muchos casos, empezando por los «mártires de Chicago» de 1886, el sacrificio de quienes daban la propia vida por la causa era un argumento básico de la propaganda anarquista. Así es que un elemento esencial de la propaganda por el hecho es el que casi dos mil años antes había observado Tertuliano en su *Apologeticum*, cuando escribió que los filósofos paganos al predicar la resignación ante el dolor y la muerte «no encontraban tantos discípulos con sus palabras como los cristianos *predicando con los hechos*».

La falta de continuidad del terrorismo anarquista en Francia fue en parte el resultado de una represión eficaz, que logró identificar y condenar a los responsables directos de los atentados y evitó en cambio una acción indiscriminada contra el conjunto del movimiento anarquista, más allá de una presión temporal reforzada por una legislación específica. La represión selectiva resultaba adecuada debido a la índole del terrorismo al que se enfrentaba. Éste encontraba estímulo en el sesgo violento que a menudo adoptaba la propaganda anarquista, pero era obra de individuos concretos, a veces apoyados por algunos colaboradores, que actuaban al margen de los grupos anarquistas estables, bien conocidos por la policía francesa.

En el caso español, que aquí no abordamos, la acción antiterrorista fue muy distinta. En muchos casos los autores directos de los atentados no fueron identificados, debido a la escasa eficacia del aparato policial, y se recurrió en cambio a detenciones masivas y bárbaras torturas, como en el proceso de Montjuic, que siguió al no menos bárbaro atentado contra la procesión de Santa María del Mar. Esa represión era además discontinua, porque a los tormentos seguían los indultos (86).

6. BIBLIOGRAFÍA

- ADAMO PIETRO, ed. (2004): *Pensiero e dinamite: gli anarchici e la violenza, 1892-1894*, Milán, M&B.
- AVILÉS, JUAN (2004): «Los orígenes del terrorismo europeo: *narodniki* y anarquistas», en J. JORDÁN, ed. *Los orígenes del terror*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2008a): «Propaganda por el hecho y regicidio en Italia», en J. AVILÉS y A. HERRERÍN, eds. *El nacimiento del terrorismo en Occidente: anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI.

(86) Véase HERRERÍN (2008).

- (2008b): «Contra Alfonso XIII: atentados frustrados y conspiración revolucionaria», en J. AVILÉS y A. HERRERÍN, eds. *El nacimiento del terrorismo en Occidente: anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI.
- BACH JENSEN, RICHARD (2004): «Daggers, rifles and dynamite: anarchist terrorism in nineteenth century Europe». *Terrorism and Political Violence*, nº 16.
- BERTI, GIAMPIETRO (2003): *Errico Malatesta e il movimento anarchico italiano e internazionale, 1872-1932*, Milán, Franco Angeli.
- BORCKE, A. VON (1982): «Violence and terror in Russian revolutionary populism: the *Narodnaya Volya*, 1879-83», en MOMMSEN, W. y HIRSCHFELD, G., eds.: *Social protest, violence and terror in twentieth century Europe*, Londres, Mac Millan.
- CAHM, CAROLINE (1989): *Kropotkin and the rise of revolutionary anarchism, 1872-1886*, Cambridge University Press.
- CARLSON, ANDREW R. (1982): «Anarchism and individual terror in the German Empire, 1870-90».
- CASTRO ALFÍN, DEMETRIO (1984): *Hambre en Andalucía: antecedentes y circunstancias de la Mano Negra*, Córdoba, Imprenta San Pablo.
- COLLADO, CARLOS (2008): «Los atentados de 1878 y los orígenes del anarquismo en Alemania», en J. AVILÉS y A. HERRERÍN, eds. *El nacimiento del terrorismo en Occidente: anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI.
- DADÁ, ADRIANA (1984): *L'anarchismo in Italia fra movimento e partito: storia e documenti dell'anarchismo italiano*, Florencia, Teti.
- D'AXA, ZO (1974): *Endehors*, edición de Jean-Pierre Courty, París, Champ Libre.
- FLEMING, MARIE (1982): «Propaganda by the deed: terrorism and anarchist theory in late nineteenth-century Europe». En Y. ALEXANDER y K.A. MYERS: *Terrorism in Europe*, Londres, Croom Helm.
- GONZÁLEZ CALLEJA, EDUARDO (1998): *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración, 1875-1917*. Madrid, CSIC.
- HERRERÍN, ÁNGEL (2008): «España: la propaganda por la represión, 1892-1900», en J. AVILÉS y A. HERRERÍN, eds. *El nacimiento del terrorismo en Occidente*, Madrid, Siglo XXI. en J. AVILÉS y A. HERRERÍN, eds. *El nacimiento del terrorismo en Occidente: anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI.
- KELLY, AILEEN (1982): *Mikhail Bakunin: a study in the psychology and politics of utopianism*. Oxford, Clarendon Press.
- L'assassinat du président Sadi Carnot et le procès de Santo Ironimo Caserio* (1995). Actes du colloque organisé à Lyon le 21 juin 1994, Presses Universitaires de Lyon.
- MAITRON, JEAN (1964): *Ravachol et les anarchistes*, París, Gallimard.
- (1975): *Le mouvement anarchiste en France, I, Des origines à 1914*, París, Gallimard.
- MOLINARI, AUGUSTA (2001): «Un rivoluzionario di professione tra gli insorti del Matese: Sergej Mikhajlovic Stepnjak Kravcinskij», en PERENTI, L., ed.: *Movimenti sociali e lotte politiche nell'Italia liberale: il moto anarchico del Matese*, Milán, Franco Angeli.

- MUSARRA, NATALE (1998): «Nichilisti a Ginevra: dalle carte del servizio italiano di polizia internazionale», *Rivista Storica dell'Anarchismo*, nº 9.
- NÚÑEZ FLORENCIO, RAFAEL (1983): *El terrorismo anarquista, 1988-1909*. Madrid, Siglo XXI.
- RAPOPORT, D. C. (1984): «Fear and trembling: terrorism in three religious traditions», *The American Political Science Review*, nº 78.
- RAVINDRANATHAN, T.R. (1988): *Bakunin and the Italians*. Montreal. McGill-Queens University Press.
- RIVAS, LUCÍA (2008): «El terrorismo anarquista en Francia», en J. AVILÉS y A. HERRERÍN, eds. *El nacimiento del terrorismo en Occidente: anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI.
- SUEIRO, SUSANA (2008): «El asesinato de Canalejas y los anarquistas españoles en Estados Unidos», en J. AVILÉS y A. HERRERÍN, eds. *El nacimiento del terrorismo en Occidente: anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI.